

Carlos Clavería, onomaturgo

—Buon giorno, caro amico, come sta? Cosa mi racconta di bello?

Tal era, con muy leves variantes, la fórmula habitual que Carlos Clavería utilizaba para saludarme —ganándome casi siempre por la mano— en el primero de nuestros encuentros matinales. Pero sólo cuando llegué a conocerle bien, a medida que nuestro trato se iba haciendo más asiduo y más estrecha nuestra amistad, logré explicarme el porqué de tan insólito saludo, cuya *retrointención* se acumulaba en la última palabra¹: «bello».

En efecto, a Carlos Clavería le apasionaba sobre todo «il bello», en su amplísimo sentido, de la vida y de las cosas. Por ello, el «¿qué dice usted de bueno?» o el «¿qué me cuenta de nuevo?» no traducían con suficiente exactitud su personal propósito interrogativo. Para un hombre de su condición, arquetipo de la bondad personificada, lo bueno no podía, ni siquiera en sus más sutiles matices, ofrecerle ningún aspecto inédito. Y en cuanto a lo nuevo, si sólo estaba avalado por la simple razón de su novedad, no suscitaba en él un interés inmediato.

(1) Las que en el presente escrito figuren en letra cursiva y que sólo comentaré cuando su significado no se deduzca obviamente del contexto, han sido utilizadas en mis conversaciones con C. C. A él le debo en gran parte que hayan pasado a enriquecer mi léxico disponible.

La belleza, por el contrario, le proporcionaba el placer de contemplarla o de sentirla; y cuando no la tenía al alcance de la vista o del oído, andaba de continuo en su busca, atento sobre todo a las palabras capaces de describirla o recrearla. De ahí que, para iniciar el diálogo conmigo, se sirviera de la citada fórmula italiana. Probablemente tenía la seguridad, o al menos la esperanza, de que yo le entendería mejor que nadie. Quizá porque había averiguado que, dormido o despierto, acostumbro a soñar en italiano; y acaso también por haber advertido que mis predilecciones (como determinados autores y libros, o los objetos a un tiempo humildes y barrocos de los cuales me gusta rodearme, o incluso algunas pequeñas cosas de uso personal —un encendedor, una corbata, unos gemelos— que él llamaba genéricamente mis *parisinerías*) denotan, al parecer, una cierta tendencia estetizante.

Durante sus dos etapas de vivencia y docencia en Oviedo, solíamos coincidir a la salida de clase, a razón de tres veces por semana en días alternos. Ocupábamos ambos, con el mismo horario, aulas muy próximas; y en cuantas ocasiones mi lección terminaba antes que la suya, nunca dejé de esperarle fielmente junto a su puerta. Por mi propia conveniencia, claro está. A sabiendas de que una conversación con él, aun cuando no pudiera sobrepasar los límites del cuarto de hora académico, me garantizaba un momento de reconfortante distensión en la jornada de trabajo.

Desde mi lugar de espera, su figura de marfileño Buda sonriente (o de dulce budín amasado con nata y pan bendito) se me aparecía de pronto, irreal y vagarosa, envuelta en una nube de incienso glorificante, que no era sino el humo de innumerables cigarrillos recién consumidos. Y al avanzar a su encuentro, tras haber dejado paso a la arrolladora marejada escolariega, dentro del local vacío perduraba para mí como un ambiente de santuario, en el que acabara de celebrarse alguna fervorosa ceremonia. Así se lo confesé un día; pero él, tomándolo a broma, me replicó al instante que aquello sólo era comparable a un *lúrido* obrador, en el que se habían manipulado *detérrimos* ingredientes *cocinarios*. Y con un «*via, andiamocene subito!*», al tiempo que una de sus manos me

mostraba con elocuente gesto el suelo sembrado de colillas, la otra, cordial y estimulante, se posaba en mi espalda incitándome a la huída.

—A propósito, ¿cómo se dice colillero en italiano? —me preguntó—. Sospecho que algo tendrá que ver con el *abominoso*² «mozzicone». ¿Me equivoco?

—Sí. En realidad le han apareado con «la cicca», que en cualquier sentido resulta lo más lógico; pero es un maridaje bastante desdichado: «raccattacicche». El ingenio y el buen gusto de los italianos, sin embargo, suelen evitarlo mediante un eufemismo lírico: «il trovatore».

—Bello! — Y su risa saltaba vivaz, rítmica, *tarantélica*, en compás de tres por seis. La gracia de la palabra le había reanimado. En su ancha cara de pacífico *pielrosa*, los ojos, los estupendos ojos azules, un momento antes levemente empañados, recuperaban de improviso la limpidez maravillosa, la profundidad insondable y el suave brillo acariciante que a todos nos tenían sugestionados. Era éste un fenómeno apenas perceptible, pero que en Carlos Clavería se repetía siempre igual, al término de cada una de sus clases. Parecía, por lo demás, tener una explicación muy fácil: el simple cambio, desde la enrarecida atmósfera del aula, al aire más respirable de los pasillos. A mi juicio, no obstante, su principal motivación sólo en sentido figurado podía considerarse de orden físico. Como la mayor parte de los maestros que merecen el título de tales, Carlos Clavería se *desvoltaba* en el transcurso de sus lecciones. Quiero decir que su batería mental —aun cuando quizá tuviera los electrodos un poco sulfatados por el escepticismo— generaba normalmente una energía muy superior al potencial medio de su auditorio escolar, viéndose, por ello, obligado a reducirla. Y eran estas transformaciones de corriente lo que acusaba en la luz piloto de sus ojos.

Mientras nos encaminábamos, escaleras arriba, hacia nuestros respectivos despachos intercomunicantes, el iniciado *di-*

(2) En nuestra escala de peyorativos, lo *abominoso* representaba un grado superior (o inferior, según se mire) a lo abominable. Con una correlación análoga a la existente entre horrible y horroroso.

vertiloquio no se interrumpía; e incluso lo prolongábamos al máximo, refugiados ya en cualquiera de ellos, a tenor del tiempo disponible. Por lo general, dialogábamos sobre el acontecer y el entorno diarios. O bien recurriamos al repertorio del pasado: pero sólo a las remembranzas vivas, a las que no se habían hundido en el *jasbín*³ ni en el *olvidadero*, los cuales representaban para nosotros las últimas y más remotas secciones en el cono invertido del recuerdo. Sin embargo, nuestras pláticas tomaban a menudo un rumbo imprevisible y algunas veces absurdo.

Las intervenciones de Carlos Clavería estaban siempre entreveradas de frases en italiano: un italiano conscientemente cantarín y festivo, como de ópera bufa, pero escrupuloso de consonantes geminadas y preciso de fricaciones y africaciones sonoras que, en boca de un español, resultaban casi milagrosas. En realidad, se trataba de un señuelo para atraerme, con el propósito de obligarme a participar en uno de sus juegos favoritos: la *onomaturgia*. Porque, con toda razón, él opinaba que los españoles, incomprensiblemente, apenas habíamos descubierto el ancho atajo del italiano hacia las lenguas clásicas; que, por tanto, estábamos descuidando la explotación de una inagotable mina de palabras, a pesar de tan cómodo acceso; y que desperdiciábamos así la mejor oportunidad de enriquecer nuestro propio tesoro lexical.

Yo me prestaba gustoso al atractivo juego de Carlos Clavería, en el que aún no he logrado superar mis torpezas de principiante. Las reglas no son muchas ni complicadas. En definitiva, pueden reducirse a cinco: la manipulación oportunista del calco, el hábil manejo de los afijos, la transformación semántica de la metáfora, la cuidadosa desempolvadura de arcaísmos y el traslado del término científico al ámbito del lenguaje coloquial. Con todo, un verdadero *onomaturgo* no es el que, como yo, se limite a aportar alguna que otra sugerencia, más o menos afortunada, sino quien, como él, posea un instinto especial para detectar la palabra oculta, y sepa extraerla de su estrato o substrato, y componerla y recompo-

(3) Del inglés «has been».

nerla, y calibrarla en su justo valor, y cargarla de vitalidad expresiva, y tallarla en polisémicas facetas, y colocarla, en fin, como centro sugestivo de la frase. Estas sí son todas técnicas difíciles, reveladoras de la sensibilidad y la conciencia lingüísticas de quien las utiliza. Pero, aparte y por encima de ellas, en el juego de la onomaturgia interviene además la capacidad creadora, es decir, la fuerza imaginativa y estética que engendra el prodigio de la palabra pura: triunfo máximo que sólo el gran prestidigitador del lenguaje, en muy contadas ocasiones, logra sacarse improvisamente de la manga.

Desearía hacer un recuento minucioso de los conjuntos significantes que Carlos Clavería y yo habíamos elaborado al alimón (un alimón muy desequilibrado a favor suyo) y sometido, entre nosotros mismos, a elementales pruebas de control, al objeto de verificar su funcionamiento y consistencia. Mas, aunque sí me atrevo a calcular su número, que —con un margen de error, por defecto— estimo aproximado a los trescientos, dicha tarea resulta para mí, aquí y ahora, irrealizable; debido, por una parte, a que no he tenido la previsión de inventariarlos y, por otra, a que su *elencación* completa y su comentario mínimo rebasarían la prudencial extensión del presente escrito. Así pues, me limitaré a exponer ante el lector algunos de ellos, en calidad de muestrario, que voy a confeccionar sobre la marcha y sin el menor prejuicio selectivo, dejándome buenamente conducir por el hilo de la memoria. Pero antes, conviene que haga todavía esta última advertencia: que si bien los elementos de nuestro juego eran en su mayoría, como ya he indicado, de procedencia italiana, ello no significa que nos hubiéramos impuesto ninguna prohibición de utilizar los que otras lenguas —en especial el griego, el francés y, por supuesto, el español— pudieran ofrecernos⁴.

Uno de los temas que con mayor fuerza *calamitaban* a

(4) También en más de una ocasión probamos suerte con el inglés, del que por cierto obtuvimos escaso rendimiento, a causa sobre todo de la resistencia que su materia fonética nos oponía. Recuerdo, por ejemplo, con qué pesar renunciamos al adjetivo *Socante* (< «shock»), sólo porque no conseguimos encajarle con holgura e independencia suficientes, al lado del español «chocante», cuyo contenido semántico es por completo distinto.

Carlos Clavería era la calamitosa Universidad española, cuyas deficiencias estructurales e infraestructurales —angosturas y apreturas, vacuidades y vaciedades, desajustes y desbarajustes— él ejemplificaba con nuestra propia Facultad de Letras. Ahora bien, precisamente porque le tenía un cariño inmenso y porque constituía el centro de sus preocupaciones y ocupaciones, ella y su población —tanto la fija como la flotante *vel*⁵ fluctuante— eran objeto permanente de su crítica. De una crítica muy peculiar, templada y espumosa, rezumante de buen juicio y burbujeante de buen humor, que él ejercía a través de comentarios amables, en los cuales jamás se transparentaba el menor poso de acritud y sólo de tarde en tarde podía advertirse un cierto regusto *puntemés*⁶.

Desaparecida ya, o al menos muy atenuada, su connatural propensión *emigrabunda*, quizá Carlos Clavería hubiera deseado quedarse entre nosotros. No porque nos encontrara demasiado atractivos en ningún aspecto, ni desbordantes de efusión y generosidad. No porque le hubiéramos acogido —milagro sería— con los brazos abiertos desde el primer instante. Pronto contó, sin duda, con el respeto, la simpatía, el cariño y la admiración unánimes. Pero fue por exclusivo mérito suyo. El mismo se lo conquistó todo ello paso a paso, abriendo suavemente puerta tras puerta con la llave maestra de su sociabilidad, buscando perseverante a *cadauno en su cadaunera*⁷. Y es que, entre el profesorado de nuestra Facultad, salvo raras excepciones, la comunicación humana sólo funciona en circuito cerrado, en el ámbito del Departamento: curioso lugar donde unos cuantos canguros jóvenes y seleccionados saltan, se agrupan y afanan en torno a su jefe o papá canguro, quien de vez en cuando accede, protector y benévolo, a que alguno de ellos se refugie y acomode en su confortable marsupio personal.

Para sentirse a gusto entre nosotros, a Carlos Clavería le

(5) Hacíamos uso de esta conjunción latina, a fin de evitar la engorrosa fórmula «o/y», tan de moda en la actualidad.

(6) «Punt e mes»: conocida marca de aperitivo italiano, cuyo nombre, de procedencia piamontesa, alude a un hipotético «punto y medio» de agradable amargor.

(7) Calco exacto de la locución francesa «chacun dans sa chacunière».

faltaba el calor de la convivencia auténtica. Se esforzó cuanto pudo por suscitarla y establecerla, en lucha contra nuestro endémico *inquilinismo* de vecinos que apenas se saludan al cruzarse en la escalera; y cierto es que bastantes de nosotros, por mediación suya, nos sentimos mejor comunicados, un poco más compañeros que antes de su llegada, pero sin pasar nunca del transigente *tuguédernes* (del tolerante estar juntos) a la familiaridad integradora y armoniosa que él necesitaba y pretendía.

De cualquier modo y a pesar de su endeblez, estas relaciones entre todos nosotros son un vínculo positivo, representan una garantía aceptable de coexistencia y entendimiento. Lo malo está en las otras, en las más importantes. Me refiero, por supuesto, a las que el asiduo ejercicio enseñanza-aprendizaje debiera originar entre sus protagonistas. Carlos Clavería, que había tenido sobradas oportunidades de practicarlas y valorarlas durante sus recorridos por el extranjero, y acaso más yo mismo, que las había conocido a lo largo de mis años de estudiante y fomentado posteriormente en cuantos lugares y ocasiones pude, las echábamos ambos muy en falta. No sólo lamentábamos su inexistencia, sino la absoluta imposibilidad de establecerlas; ni en las actuales circunstancias, ni siquiera a remoto plazo. Y ello porque el desarrollo normal de la población escolar ha convertido a la Universidad, por imprevisión de nuestros dobles estadistas —los gobernantes y los *cuentadatos*— en un engendro monstruoso: especie de *megacría* cargada de *atavotaras*, a la cual no sabemos cómo tratar⁸.

En consecuencia, la esperanza de salvarla es tan exigua, que exigirá a quien se lo proponga una dedicación y una fe casi sobrehumanas. Carlos Clavería y demás escépticos, entre los cuales me incluyo, nos mirábamos a cada instante estupefactos y hasta un poco asustados, al comprobar que nadie disponía ni aun de los medios mínimos para intentarlo. ¿Qué

(8) C. C. explicaba este fenómeno como el resultado de una práctica cerril de la autoridad a ultranza, de un *sargentismo* político cuya única voz de mando, «¡hala, al montón y a callar!», no contribuirá, en el mejor de los casos, más que a la formación de «montoneros».

hacer, por ejemplo, en una Facultad de Letras carente de seminarios? Es innegable que en la nuestra una serie de locales ostentan sobre sus puertas esa denominación. No obstante, preciso es aclarar acto seguido que únicamente funcionan como aulas de emergencia, minúsculas bibliotecas monográficas y poco más. En vista de lo cual, a Carlos Clavería, que tenía un concepto muy claro del verdadero seminario (lugar propio y propicio para el trabajo docente, laboratorio donde el maestro vivisecciona una materia de estudio palpitante y *socratiza* con sus discípulos en torno a ella) se le había ocurrido para los nuestros un nombre más adecuado: *pepinera*. Galicismo que, sin abandonar por completo el sentido etimológico de «semillero», ofrece la graciosa ventaja de apuntar hacia otro contenido semántico: «terreno o invernadero dedicados al cultivo de pepinos».

La observación continua y atenta que sobre los alumnos ejercitábamos, nos proporcionaba también abundante materia de coloquio. Ni nos pasaban inadvertidas ninguna de sus conscientes virtudes, ni tampoco el menor de sus inconscientes defectos. Entre las primeras, admirábamos sobre todo el *epifanismo* que caracteriza a los más iluminados y que consiste en su valiente rebelión contra muchos falsos valores, tradicionales y limitativos. Entre los segundos, nos desagradaba de manera especial la ramplonería y pobreza de su lenguaje. Hasta tal punto, que el uso ostentoso e inmoderado del taco por parte de la mayoría —cuyo apogeo vino a coincidir con la moda achulada del tacón alto— nos inspiró el nombre de *taconazos* para designar a sus propagadores, junto con el de *taconazis*, aplicable a los casos extremos de intencionada brutalidad.

No es que Carlos Clavería ni yo fuéramos alérgicos a las palabras gruesas. Lo que nos alarmaba eran su erosión y deterioro constantes; era el verno despojados día a día de las expresiones más vigorosas, malgastadas a troche y moche mediante un abuso que va consumiendo su intrínseca energía y acaba desvitalizándolas sin remedio. Ambos considerábamos esta cuestión como de gravedad suma, por cuanto el debilitamiento de tales expresiones las vuelve inutilizables, priván-

donos con ello de su eficacia defensiva y ofensiva. Nos inquietaba además su difícilísima sustitución, habida cuenta que se trata de material no importable y que los derrochadores de las reservas autóctonas no se preocupan en absoluto de renovarlas. Se acerca, pues, el momento en que, para protegernos contra la violencia o combatir la estupidez ajenas, nos sentiremos inermes. Todos los términos del *edeológico*⁹ «diccionario secreto» —convertido ya hoy en un secreto a voces— habrán degenerado al nivel de los jolines, córcholis, carambas y pardieces. Y no es prudente confiar demasiado en la capacidad de improvisación. Muy comprometidos han de verse nuestros jóvenes salvajes (con perdón) para que de pronto se les ocurra gritar *¡por cien mil prepucios!* o alguna otra novedad de parecido estilo.

Este *palabrotismo* generalizado constituye el aspecto chillón del *jomacho*¹⁰ o vigente vulgar juvenil, que no es sino el reflejo de la vulgaridad cotidiana, en la cual encuentra, por tanto, su mayor justificación. Pero dentro de nuestra Facultad funcionan también una serie de autónomos lenguajes grupales, cuya observación despierta notable interés: como el *limbico*, propio de los *empetrarcados* neoidealistas; o el *bombástico*¹¹, característico de los *intelectuosos profesori-bles*¹²; o el *esicosu*¹³ que «ta borivando por xorrecer» en la ínsula de los *bablifalantes*. Y a Carlos Clavería le gustaba analizarlos; con la secreta esperanza de descubrir en ellos algún germen, benéfico y fecundo, capaz de transmitir a nuestros escolares la personalidad y el *bontón*¹⁴ que ahora les faltan.

(9) La *edeología* trata de las partes, funciones y acciones corporales que el pudor sólo permite nombrar *sotovoche*.

(10) Calco de la característica exclamación «¡jjo, macho!».

(11) Del inglés «bombast», equivalente a enfático o ampuloso; y, más expresivamente, del latín medieval «bombax, -acis», que quiere decir relleno de algodón.

(12) Se trata de quienes se toman en serio —a veces con exceso— las tareas intelectuales y se encaminan hacia la cátedra con paso decidido y solemne. Conviene, pues, distinguirlos de los seudo-intelectuales o intelectualoides.

(13) «Esi cosu» significa, en realidad, el objeto no bien determinando.

(14) El *bontón* es un galicismo que estuvimos empleando con carácter provisional. Le asignamos el valor de «tono justo», diferenciándolo así del «buen tono» tradicional y «kitsch»; precisamente porque no deseábamos una Universidad aúlica y preciosista, ni tampoco burguesa y encorbatada, sino sencilla, consistente, equilibrada, funcional, clara, elegante.

Una de las ventajas de la onomaturgia es que puede jugarse en cualquier parte: lo mismo bajo techo que al aire libre, tanto en la soledad como entre la multitud; condición que le presta un sinfín de posibilidades *entretenitivas*. Carlos Clavería y yo tuvimos varias oportunidades de practicarla —o más bien de proseguirla— en plena calle; por ejemplo, camino del restaurante. Acostumbrábamos en tales ocasiones a centrarla en la onomástica, probando a rebautizar por nuestra cuenta a los transeúntes más llamativos. Recurríamos para ello a la etimología de los nombres; o bien hacíamos uso de los que, con una caracterización muy definida, nos han legado la mitología, la historia, la literatura, el arte. Así, Macario era el hombre de expresión satisfecha; Eufemia, la mujer de aspecto equívoco; Faustino, el muchacho alegre; Sofía, la sabihonda con gafas; *Marco Antonio*, el chicarrón con aire conquistador y triunfalista; *Diana*, la joven atractiva y con perro; *Lindoro*, el rubiales guapito y atildado: *La Pompadour*, la dama pomposamente *entualetada*; *tío Domingo*, el señor amable y jovial; *Basilisa*¹⁵, la esposa autoritaria e insufrible; *Cornelio*¹⁶, el supuesto marido engañado; y así sucesivamente. Nos impresionaba tropezarnos con *Augusta*, la señora opulenta¹⁷ y majestuosa; distinguíamos a simple vista a las agresivas *Silvias*, a las apasionadas Eloísas, a las casquivanas Lolitas *adolescéntiles*; e incluso llegábamos a matizar entre Beatrices y Lauras, entre Melibeas y Julietas. Pero quien nos producía un intenso sobresalto emocional era *Octavia*, prototipo de toda perfección femenina, para la cual teníamos reservado ese nombre mágico, a un tiempo clásico y romántico (sugere de evocaciones históricas, nimbado de ensoñaciones nervalianas), al que nosotros habíamos añadido un significado personalísimo: el de «octav(i)a maravilla».

De modo análogo, según el lugar y las circunstancias, nuestro juego probó suerte en otros variados y amenos campos, se aventuró en oscuras exploraciones, realizó innumera-

(15) Por natural influencia de «basilisco».

(16) A quien magnificábamos como *Cornelio Tácito*, siempre y cuando tuviera reconocida fama de consentidor.

(17) Calificativo que aquí debe considerarse ambivalente, puesto que se refiere al *antecuerpo* y al *retrocuerpo*.

bles experimentos; y lo cierto es que nosotros obtuvimos de él ganancias muy sustanciosas, de las que sólo una pequeña parte he podido mostrar aquí. Al pensar en todo ello, acaso lo que hoy me resulte más curioso es el advertir de pronto que casi nunca hablábamos de política. Creo, en efecto, que apenas si en un par de ocasiones le dedicamos una superficial atención. Una, sorprendiéndonos de que los periodistas escribieran con machacona insistencia sobre la aristocracia, la tecnocracia, etc., etc., y no hubieran olfateado aún la *caquistocracia*¹⁸; palabra bien definidora, dotada de una gran fuerza sinestésica, estimulante de fétidas sensaciones, de la cual se encuentran abundantísimos ejemplos en la historia contemporánea. Otra vez comentamos, a propósito del asociacionismo, su embarazoso embarazo, que tantos caprichos, náuseas y mareos ha provocado a la madre Patria. Y recuerdo que Carlos Clavería profetizó: —Ya verá usted cómo, si no se malogra una vez más, la criatura nacerá niña y canija, y habrá de pasar años enteros metida en la incubadora. Tendremos que llamarla *Esperancita*.

Lamento de veras haber desaprovechado ese filón, que posteriormente he inspeccionado un poco, ya en solitario. Lo suficiente para descubrir que la política, y en especial los políticos, pueden contribuir con valiosas aportaciones al fomento de la onomaturgia. Ahí están, para demostrarlo, los *ventosentados*¹⁹, los *hederastas*²⁰, los *agatados*²¹, los *enzimas*²² y otras mil especies, aún sin clasificar. Al insustituible e irregresable Carlos Clavería, que celebró con entusiasmo las primicias de mis hallazgos, le ofrezco ahora estas pobres *tardicias*, que sólo él hubiera sabido divulgar con talento y gracia. Ojalá que desde algún alto lugar las esté escuchando.

RODRIGO ARTIME

(18) Gobierno de los peores.

(19) Adheridos con ventosas a sus respectivos sillones.

(20) Que trepan sinuosamente, como la yedra, aferrándose al tronco y a las ramas del poder.

(21) En permanente y sigiloso acecho, dispuestos a lanzarse sobre la presa codiciada.

(22) Invisibles, organizados, activos, voraces, prontos a destruir y a transformar todo lo que haga falta.